

Pero Hernando Pizarro no se contentó con mantenerse á la defensiva, sino que imaginó dar un golpe atrevido para poner fin de una vez á la guerra. Fue este capturar al Inca Manco, á quien esperaba sorprender en sus reales de Tambo.

Para este servicio eligió unos ochenta de sus mejores caballos con un pequeño cuerpo de infantes, y dando un largo rodeo por los desfiladeros menos frecuentados de la montaña llegó delante de Tambo sin ser notado por el enemigo. Pero encontró la plaza mas fortificada de lo que creía. El palacio, ó mas bien el fuerte de los Incas, estaba situado en una elevada eminencia, cuyos escarpados lados, por el punto á que se aproximaron los españoles, estaban cortados en mesetas defendidas por fuertes muros de piedra y adobes (1). Por aquel sitio la plaza era inespugnable. Por el lado opuesto que miraba hácia el Yucaj, el terreno descendía en gradual declive hasta la llanura en que corre aquel rio por una margen estrecha pero de mucha profundidad (2). Este era el punto mas susceptible de ataque.

Los españoles cruzando la corriente con gran dificultad comenzaron á subir el *glacis* haciendo el menor ruido posible. La luz de la mañana apenas blanqueaba la cima de las montañas, y Pizarro al acercarse á las defensas exteriores, que como en la fortaleza del Cuzco consistían en un parapeto de piedra de gran magnitud construido alrededor del recinto, apresuró el paso confiando encontrar á la guarnición sepultada todavía en el sueño. Pero millares de ojos estaban fijos en él; y así que los españoles llegaron á tiro de flecha, levantáronse de repente detras del parapeto multitud de oscuras formas, mientras que el Inca á caballo y con una lanza en la mano dirigía las operaciones de sus tropas (3). Al mismo tiempo se oscureció el aire con innumerables piedras, javelinas y flechas y caían como un huracán sobre las tropas mientras las vecinas montañas retumbaban con el salvaje grito de guerra del enemigo. Los españoles, cogidos de sorpresa, y muchos de ellos gravemente heridos, se desordenaron, y aunque inmediatamente volvieron á estrechar sus filas é hicieron dos tentativas para renovar el asalto, se vieron por último obligados á retroceder, no pudiendo resistir la violencia de la tempestad. Para aumento de confusion el terreno mas bajo adonde se retiraban estaba inundado por las aguas del rio, pues los indios abriendo las compuertas le habian hecho salir de madre (4). No era posible ya sostenerse en aquella posicion. Celebróse un consejo de guerra y se decidió abandonar el ataque como desesperado y retirarse en el mejor orden posible.

En estos vanos esfuerzos se habia gastado todo el

mas, de algunos de los cuales fue el héroe. Cuenta tambien un acto de crueldad que hace poco favor á su gefe Hernando Pizarro, el cual, dice, que despues de un reñido combate hizo cortar las manos á sus prisioneros, y así mutilados les dió libertad. (Descub. y Conq., MS.) Los cronistas refieren pocas atrocidades de esta especie, y es de creer que fuesen escepciones de la política general de los conquistadores en esta invasion.

(1) «Tambo tan fortalecido que hera cosa de grima, porque el asiento donde tambo está es muy fuerte, de andenes muy altos y de muy gran canterías fortalecidos.» Pedro Pizarro, Conq., MS.

(2) «El rio de Yucaj ques grande por aquella parte va muy angosto y hondo.» Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conquista, MS.

(3) «Parecia el Inga á caballo entre su gente, con su lanza en la mano.» Herrera, Historia general, dec. V, lib. VIII, cap. VII.

(4) «Pues hechos dos ó tres acometimientos á tomar este pueblo, tantas vezes nos hizieron bolver dando de manos. Ansi estuvimos todos este dia hasta puesta de sol; los indios sin entendello nos hechavan el rio en el llano donde estávamos, y de aguardar mas perescieramos aquí todos.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

dia; y Hernando aprovechándose de la oscuridad de la noche, envió delante la infantería y los bagajes, tomó el mando del centro, y confió la retaguardia á su hermano Gonzalo. Cruzóse de nuevo el rio sin accidente, aunque el enemigo confiando en su fuerza salió de sus parapetos y siguió á los españoles incomodándoles con repetidas descargas de flechas. Mas de una vez les estrecharon tanto que Gonzalo Pizarro y su caballería se vieron obligados á volver caras y á dar desesperadas cargas que castigaban su atrevimiento y paralizaban por algun tiempo la persecucion. Pero el enemigo, victorioso todavía, continuó picando la retaguardia de los españoles hasta que estos salieron de los desfiladeros y llegaron á dar vista á los ennegrecidos muros de la capital. Este fue el último triunfo del Inca (5).

ENTRE los manuscritos que debo á la generosidad del ilustre escritor español señor Navarrete, el mas notable de los que tienen relacion con esta historia es la obra de Pedro Pizarro titulada *Relaciones del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*. Mas parece que de este importante documento solo se ha conservado una copia, cuya existencia era poco conocida hasta que cayó en manos del señor Navarrete, si bien no se ocultó á las investigaciones del infatigable Herrera, como lo prueba la mencion que hace de varios incidentes, algunos de los cuales se refieren á la persona del mismo Pedro Pizarro y que no podian haber llegado á noticia del historiador de las Indias por ningun otro conducto. Este manuscrito se ha dado últimamente al público como parte de la inestimable coleccion de documentos históricos que ahora se está publicando en Madrid bajo auspicios que confío asegurarán su éxito. Pero como el impresor no ha llegado á mis manos sino cuando la presente obra estaba muy adelantada, he preferido valerme del ejemplar manuscrito para lo poco que quedaba de mi historia como lo habia hecho desde el principio de ella.

Nada, de que yo tenga noticia, se sabe respecto al autor, sino lo que puede deducirse de las noticias que él mismo da incidentalmente en su historia. Era natural de Toledo, en Estremadura (6), provincia fértil en aventureros que pasaron al Nuevo Mundo, y de la cual emigró tambien la familia de Francisco Pizarro unida con la de Pedro por vinculos de parentesco. Cuando Francisco Pizarro pasó á la conquista del Perú, despues de haber recibido autorizacion del emperador en 1529, Pedro Pizarro, que tenia entonces quince años, le acompañó en calidad de paje. Tres años estuvo al servicio particular de su gefe, y despues continuó siguiendo su bandera como soldado de fortuna. Hallóse presente en muchos de los memorables acontecimientos de la conquista, y parece que poseyó en alto grado la confianza de su capitán, que le empleó en comisiones difíciles, en las cuales dió pruebas de serenidad y valor. Verdad es que sobre este punto hay que creerle bajo su palabra; pero cuenta sus hazañas con aire de sinceridad y sin hacer ningun esfuerzo extraordinario para colocarse en lugar que no le correspondía; habla de sí propio en tercera persona; y como su manuscrito no estaba destinado solamente á la posteridad sino tambien á los contemporáneos, no es probable que se aventurase

(5) *Ibid.*, MS.—Herrera, Hist. general, dec. V, lib. VIII, cap. VII.

(6) *Nota del traductor.* O el autor ha cometido aquí un error geográfico, ó ha querido decir que Pedro Pizarro nació en Toledo de una familia oriunda de Estremadura. Sin embargo, si lo ha querido decir, no lo ha dicho.

á prodigarse escesivas alabanzas, cuando el fraude podia tan fácilmente ser conocido.

Despues de la conquista nuestro autor siguió la suerte de su gefe y se halló á su lado en todos los disturbios que acaecieron, hasta que habiendo sido asesinado Francisco Pizarro, se retiró á Arequipa para gozar tranquilamente del *repartimiento* de tierras é indios que le tocaron como recompensa de sus servicios. Hallábase en aquel punto cuando estalló la gran rebellion de Gonzalo Pizarro; pero quiso ser fiel á su juramento y prefirió, segun nos dice, faltar á lo que debía á su nombre y á su linaje por no faltar á lo que debía á su lealtad. Gonzalo en venganza, se apoderó de sus propiedades y se hubiera dejado llevar á mayores demasías contra él cuando le tuvo en sus manos en Lima, á no haber sido por la intervencion de su segundo, el famoso Francisco de Carbajal, á quien el cronista habia tenido en una ocasion la fortuna de prestar un servicio importante. Este Carbajal intercedió para salvarle la vida en dos ocasiones; pero en la segunda le dijo con frialdad: «ningun hombre tiene derecho mas que á una vida; y si volveis á caer en mis manos por tercera vez, Dios solo podrá concederos otra.» Por fortuna Pizarro no se vió en el caso de experimentar el efecto de esta amenaza. Despues de la pacificacion del país se retiró de nuevo á Arequipa; mas por el tono resentido de sus observaciones se advierte que no se le reinstaló plenamente en el goce de las posesiones que habia sacrificado por su lealtad al gobierno. Las últimas noticias que tenemos de él son de 1574, fecha en que da por concluida su historia.

La narracion de Pedro Pizarro comprende todo el tiempo de la conquista; desde la primera expedicion que salió de Panamá hasta las turbulencias que siguieron á la partida del presidente Gasca. La primera parte de la obra se funda en el testimonio de otros, y en realidad no todos los hechos que comprende pueden ser admitidos como evidentes. Pero todo lo que sigue á la vuelta de Francisco Pizarro de Castilla, en suma, todo lo que constituye la conquista del país, puede decirse que es producto de su propia observacion como testigo y como actor. Esto da á su narracion un mérito, á que literariamente no puede aspirar. Pedro Pizarro era soldado; y probablemente tendria tan poca educacion como en general tienen los que desde su juventud han cursado la ruda escuela de las armas, la menos á propósito del mundo para los progresos intelectuales y morales. Tenia sin embargo la suficiente sensatez para no aspirar á una perfeccion que no le era dado conseguir. No se advierte en su crónica el menor deseo de alcanzar la gloria de buen escritor; no hay en ella ninguno de esos adornos afectados que solo sirven para hacer mas patente la pobreza de recursos del que echa mano de ellos. Su objeto fue simplemente referir la historia de la conquista tal como la habia presenciado; y como para su narracion solo necesitaba hechos, no palabras, dejó las palabras para aquellos que habiendo llegado al campo despues de recogida la cosecha, solo podian recoger lo que otros habian dejado.

La situacion de Pizarro debia esponerle necesariamente á las influencias de partido y dar cierto aire de parcialidad á su narracion. No es difícil, en efecto, determinar bajo qué bandera se habia alistado. Escribe como hombre de partido, pero como hombre honrado que en los hechos que refiere no se aparta del juicio correcto sino lo que necesariamente debia apartarse el que tenia su opinion formada de antemano. No intenta inclinar la conviccion del lector mas á un lado que á otro, ni menos procura desnaturalizar los hechos. Cree evidentemente lo que dice, y esto es todo lo que se puede apetecer. Nosotros podemos ahora descartar lo que es efecto de la natural influencia de su posicion; pero si hubiese sido mas imparcial todavía, el crítico moderno al suponer en él parcialidad,

deseartaría mas de lo que debiera y daria en un error.

Pizarro no solamente es independiente, sino á veces cáustico al condenar la conducta de sus gefes, lo cual sucede especialmente en los casos en que las medidas de estos eran desfavorables á sus particulares intereses ó á los del ejército. Respecto á los desgraciados indígenas no tiene con ellos mas consideracion que la que tenian los antiguos judíos con los filisteos, á quienes miraban como destinados á morir al filo de sus espadas, y cuyas propiedades creian serles debidas como legitima herencia. El duro conquistador trataba sin compasion al infiel.

Pizarro era el representante del siglo en que vivia. Sin embargo, no merece el siglo tanta deshonra, pues si bien en parte Pizarro le representaba, representaba mas verdaderamente el espíritu de los fieros soldados que destruyeron la dinastía de los Incas. No era solamente un cruzado que peleaba por extender el imperio de la cruz sobre las naciones salvajes; tambien su grande objeto era adquirir oro; por él juzgaba del valor de la conquista, y él era la recompensa á que aspiraba en cambio de una vida de trabajos y peligros. El aventurero del Perú alimentaba su tosca y mundana imaginacion mas bien con doradas visiones que con visiones de gloria, y menos de gloria celestial. Pizarro no se elevó sobre los de su raza ni bajo el punto de vista intelectual, ni bajo el punto de vista moral. De su historia no se deduce que tuviese gran penetracion ni mucho vigor de comprension: es la obra de un soldado que refiere sencillamente los hechos sangrientos que la componen. Su valor consiste en que las escenas están narradas por uno de los actores; y esto para el historiador moderno la hace mas preciosa que las mejores producciones de segunda mano. Es el tosco mineral que sometido al procedimiento regular de refinamiento y purificacion puede recibir el sello que le hace apto para la circulacion general.

Otra autoridad, á quien algunas veces me he referido, y cuyos trabajos todavia yacen manuscritos, es el licenciado Fernando Montesinos, el reverso en todos conceptos del cronista militar de quien acabo de hacer mencion. Montesinos floreció como cosa de un siglo despues de la conquista, y el valor de sus escritos como autoridad para hechos históricos depende exclusivamente de la mejor oportunidad que tuvo para consultar documentos originales. Pero en esto sus ventajas eran grandes. Fue enviado dos veces al Perú con un empleo que le obligó á visitar las diferentes partes del país; y en el desempeño de sus dos comisiones empleó quince años, de modo que al paso que su posicion le daba acceso á los archivos coloniales y á los depósitos literarios, podia comprobar sus investigaciones con alguna extension mediante su observacion del país.

Resultado de ellas fueron sus dos obras históricas tituladas, la una *Memorias antiguas historiales del Perú*, y la otra *Anales*, citadas algunas veces en estas páginas. La primera comienza desde los primeros tiempos de la historia del país, tiempos en realidad demasiado antiguos, pues se remontan hasta el diluvio. La primera parte de ella está principalmente destinada á demostrar la identidad del Perú con el dorado Ofir del tiempo de Salomon. Esta hipótesis, que no es original en el autor, puede dar una nocion bastante exacta de su carácter. En el curso de su obra sigue la linea de los príncipes Incas, cuyas hazañas y nombres no coinciden con el catálogo de Garcilasso; circunstancia, sin embargo, que está muy lejos de probar su inexactitud. Pero el que lea los absurdos cuentos referidos en el grave tono peculiar de Montesinos que participaba en gran manera de la credulidad y aficion á lo maravilloso propios de siglos menos ilustrados, no vacilará en darle el crédito que merecen.

Lo mismo se advierte en sus *Anales*, dedicados exclusivamente á referir la historia de la conquista. Aquí en verdad el autor, despues de haber remontado su vuelo por nebulosas regiones, descendiendo á tierra firme, donde no son de esperar groseras faltas de verdad, ó por lo menos de verosimilitud. Pero el que tenga ocasion de comparar su historia con la de los escritores contemporáneos, encontrará frecuentes motivos de desconfiar de ella. Sin embargo, Montesinos tiene un mérito, y es el de haber tenido á la vista en sus estensas investigaciones muchos instrumentos originales, algunos de los cuales ha trasladado á sus páginas, que con dificultad habrian podido encontrarse en otra parte.

Algunos de sus ilustrados compatriotas han recomendado sus escritos como producto de diligentes investigaciones y minuciosos informes; pero mi propia esperiencia no me conduce á ponerlos en elevado lugar como testimonios históricos, pues no me parecen dignos de grande elogio ni por la exactitud de los hechos ni por la sagacidad de las reflexiones. El espíritu de fria indiferencia con que mira los padecimientos de los indígenas es odioso, y tiene menos disculpa en un escritor del siglo XVII que tendria en uno de los primitivos conquistadores, cuyas pasiones estaban inflamadas por largas y constantes hostilidades. Mr. Ternaux-Compan ha traducido las *Memorias antiguas* con su acostumbrada elegancia y precision en su coleccion de documentos originales relativos á la historia del Nuevo Mundo. En su prólogo promete trasladar mas adelante los *Anales*: no sé si lo habrá hecho; pero creo que este excelente traductor encontrará materia mejor para sus trabajos en algunos de los manuscritos que posee, pertenecientes á la rica coleccion de Muñoz.

LIBRO IV.

GUERRAS CIVILES DE LOS CONQUISTADORES.

CAPITULO PRIMERO.

Marcha de Almagro á Chile.—Padecimientos de sus tropas.—Vuelve y se apodera del Cuzco.—Accion de Abancay.—Gaspar de Espinosa.—Almagro sale del Cuzco.—Negociaciones con Pizarro.

1535—1537.

Mientras ocurrían los acontecimientos mencionados en el capítulo anterior, el mariscal Almagro estaba ocupado en su memorable expedición á Chile. Había salido, como hemos visto, con sola una parte de sus fuerzas, dejando á su teniente para que le siguiese con el resto. En las primeras jornadas se aprovechó del gran camino militar de los Incas, que se extendía á lo lejos por la llanura hacia el Sur; pero al acercarse á Chile se encontró empeñado en los desfiladeros de las montañas, donde ningun vestigio de camino se descubría. Allí impedían su marcha todos los obstáculos propios de la aspereza y escabrosidad de las cordilleras: profundos y escarpados barrancos, cuyos lados rodeaba un estrecho sendero, capaz solamente para cabras, y que subía serpenteando hasta las alturas que dominaban aquellos horrendos precipicios; rios que caían con furia por los declives de las montañas formando espantosas cataratas y hundiéndose en el profundo abismo; negros bosques de pinos, que parecían no tener fin, y despues largos páramos sin el menor arbusto que pudiera poner á cubierto al atrevido viajero de la brisa penetrante que despedían las heladas cimas de la sierra.

El frio era tan intenso, que muchos perdieron las uñas de los dedos, los dedos mismos, y á veces los

miembros. Otros cegaron á consecuencia de la verberacion de la nieve que reflejaba los rayos de un sol intolerablemente brillante en la delgada atmósfera de aquellas elevadas regiones. El hambre vino, como de costumbre, en pos de esta serie de calamidades; porque en aquellas tristes soledades no se advertía vegetacion que pudiera bastar para el alimento del hombre, ni se veía ser alguno viviente, á escepcion tan solo del gran pájaro de los Andes, que se cernía sobre sus cabezas, esperando el banquete que le proporcionaban con frecuencia el gran número de desgraciados indios, que incapaces de resistir con sus ténues vestiduras á los rigores del clima, perecían en el camino. Tanto llegó á acosarlos el hambre, que los miserables que sobrevivían se alimentaban de los cuerpos muertos de sus compatriotas, mientras los españoles se sostenían de los cadáveres de sus caballos, que se quedaban helados en los desfiladeros de la montaña (1). Tales fueron las terribles penalidades que la naturaleza impuso á los que tan precipitadamente se introdujeron en sus mas solitarios y salvajes distritos.

Pero sus padecimientos no inclinaban el ánimo de los españoles á la compasion con los débiles indios. Por todas partes dejaban huellas de su paso en cabanas desiertas y quemadas, á cuyos habitantes obligaban á hacer el servicio de bestias de carga: los indios eran encadenados en cuadrillas de diez ó doce, y ni las enfermedades, ni la debilidad del cuerpo escusaban al desgraciado cautivo de llenar su parte en el trabajo comun. Así algunos caían muertos de fatiga sobre sus mismas cadenas (2). Los soldados de Alvarado fueron, segun se dice, mas crueles que los de Pizarro; y el lector recordará que mucha de la gente que llevaba Almagro se reclutó de entre ellos. Cuéntase que este gefe miró con disgusto semejantes atrocidades, é hizo cuanto pudo por reprimirlas; pero no dió muy buen ejemplo con su conducta, si es verdad lo que se le atribuye de haber mandado quemar vivos á treinta gefes indios para castigar la muerte de tres de los suyos (3). El corazon se estrema con la relacion de tales atrocidades perpetradas con un pueblo inofensivo, ó que, por lo menos, no tenia otro crimen mas que el defender demasiado bien su propio territorio.

En la posesion de una fuerza superior hay, bajo el punto de vista moral, algo de peligroso para el poseedor. El europeo con sus cualidades y su fuerza inmensamente superiores, puesto en contacto con el

(1) Herrera, Hist. general, dec. V, lib. X, cap. I—III.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. IX, cap. IV.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.

(2) Conq. i Pob. del Pirú, MS.

El autor de esta narracion debió haber sido de esta expedicion, pues habla como testigo presencial. Los pobres indios, tenían á lo menos un amigo en el campo cristiano. «I si en el real havia algun español que era buen rancheador i cruel i mataba muchos indios tenianle por buen hombre i en grand reputacion i el que era inclinado á hacer bien i hacer buenos tratamientos á los naturales i los favorecia no era tenido en tan buena estima, he apuntado esto que vi por mis ojos i en que por mis pecados anduve porque entiendo los que esto leyeren que de la manera que aqui digo y con mayores crueldades harto se hizo esta jornada i descubrimiento de Chile.»

(3) «I para castigarlos por la muerte destos tres españoles juntólos en un aposento donde estaba aposentado i mandó calzar la gente de cavallo i la de á pie que guardasen las puertas i todos estuviesen apercevidos i los prendió i en conclusion hizo quemar mas de treinta señores vivos atados cada uno á su palo.» (Conq. i Pob. del Pirú, MS.) Oviedo, que siempre manifiesta en sus escritos el duro carácter del colonizador, disculpa este acto con la vieja excusa de la necesidad: «fue necesario este castigo», dice, y añade que despues de verificado se podia enviar un mensajero de un extremo á otro del país sin temor de que le maltratasen. Hist. de las Indias, MS. parte III, lib. IX, cap. IV.

hombre semicivilizado, le considera como un ser poco mejor que el bruto, y nacido igualmente para su servicio. Cree que tiene un derecho natural á su obediencia, y que esta obediencia debe medirse, no por las facultades del bárbaro, sino por la voluntad del conquistador. La resistencia entonces llega á ser un crimen que solo puede lavarse con la sangre de la víctima. Tales crueldades no se limitaban á los españoles: donde quiera que se han puesto en contacto el hombre civilizado y el salvaje, así en Oriente como en Occidente, la historia de la conquista ha sido escrita muchas veces con sangre.

Desde el agreste caos de montañas salieron los españoles al verde valle de Coquimbo, como á unos treinta grados de latitud Sur. Allí hicieron alto para descansar en tan abundantes llanuras, despues de las fatigas y padecimientos sin ejemplo que habian pasado. Entre tanto Almagro despachó á un oficial, con una fuerte avanzada, para examinar el país hacia el Sur; y poco despues tuvo la satisfaccion de ver llegar el resto de sus fuerzas á las órdenes de su teniente Rodrigo de Ordóñez, persona notable é íntimamente ligada con la suerte futura de Almagro.

Era Ordóñez natural de Oropesa; habia estado en las guerras de Italia, y tenia el grado de Alférez en el ejército del condestable de Borbon, en el famoso saqueo de Roma. Buena escuela era aquella para aprender el arte militar y endurecer el corazon, precaviéndole de la sensibilidad que generalmente se tiene en vista de los padecimientos humanos. Era esceiente soldado, fiel á su gefe, activo, impávido é inflexible en la ejecucion de sus órdenes. Sus servicios llamaron la atencion de la corte, y poco despues de aquella época fue elevado á la categoria de mariscal de la Nueva Toledo. Pero su carácter le hacia probablemente mas á propósito para papel de ejecutor subordinado, que para un empleo de mas grave responsabilidad.

Almagro recibió tambien el real decreto confirniéndole sus nuevos poderes y jurisdiccion territorial. Los Pizarros habian detenido este decreto hasta el último momento. Las tropas de Almagro, disgustadas ya de su penosa é inútil marcha, clamaban porque se emprendiese la retirada. Decían que el Cuzco caía dentro de los límites de su gobierno, y que era mejor tomar posesion de sus cómodos cuarteles, que vagar como proscriptos por aquellas terribles asperezas. Representaban á su gefe, que solamente así podria mirar por los intereses de su hijo don Diego. Este era un hijo natural de Almagro, á quien su padre queria con delirio, amor justificado mas que de costumbre por las cualidades y grandes esperanzas del jóven.

Despues de dos meses de ausencia, el oficial enviado á explorar el país volvió con noticias poco satisfactorias respecto á las regiones al Sur de Chile. Para que un territorio ofreciese ventajas al castellano era preciso que estuviere cuajado de oro (1). Habia penetrado hasta unas cien leguas, probablemente hasta los límites de las conquistas de los Incas sobre el rio Maule (2). Afortunadamente los españoles se habian detenido antes de entrar en la tierra de Arauco, donde poco despues habia de correr á torrentes la sangre de sus compatriotas, y cuyos habitantes todavía mantienen una orgullosa independencia entre la humillacion general de las razas indias que los rodean.

Almagro accedió, pues, con poca repugnancia á las repetidas importunidades de sus soldados, y volvió caras al Norte. No hay para qué referir los porme-

(1) Este es el lenguaje de un escritor español: «como no le parecia bien la tierra por no ser cuajada de oro.» Conq. i Poblacion del Pirú, MS.

(2) Segun Oviedo, ciento cincuenta leguas, y cerca, como le dijeron, del fin del mundo. (Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. IX, cap. V.) No son de esperar grandes nociones de geografía en los toscos soldados de América.

nos de su marcha. Desanimado por las dificultades que ofrecía el paso de los montes, tomó, á lo largo de la costa, el camino que atraviesa el gran desierto de Atacama. Al cruzar aquellas terribles soledades, que se estienden por espacio de cerca de cien leguas hasta los límites septentrionales de Chile, soledades en que apenas una hoja verde viene á reanimar al fatigado viajero, espermentaron Almagro y sus tropas tantos trabajos, aunque de diversa especie, como los que sufrieron en el paso de las cordilleras. En realidad no se encontraria en la época actual un gefe que se aventurase á conducir su ejército á traves de aquella estéril region. Pero los españoles del siglo XVI tenian una fuerza de cuerpo y una viveza de espíritu tales, que les hacian despreciar toda clase de obstáculos, justificando así las palabras jactanciosas del historiador, que dice que peleaban «en un tiempo con los enemigos, con los elementos i con la hambre (3).»

Despues de atravesar el terrible desierto, llegó Almagro á la antigua ciudad de Arequipa, á unas sesenta leguas del Cuzco. Allí supo con asombro la insurreccion de los peruanos, y que el jóven Inca Manco permanecía aun con fuerzas formidables á no larga distancia de la capital. Habia tenido en otro tiempo amistosas relaciones con el príncipe peruano, y resolvió, por tanto, antes de emprender nada, enviar una embajada á su campo y arreglar una entrevista con él en las inmediaciones del Cuzco.

Los emisarios de Almagro fueron bien recibidos por el Inca, el cual alegó sus motivos de queja contra los Pizarros, y designó el valle de Yuca y para la conferencia con el mariscal. El gefe español volvió, pues, á emprender su marcha, y tomando la mitad de sus fuerzas, cuyo total ascendía á poco menos de quinientos hombres, se presentó en el punto señalado mientras el resto de sus tropas establecía sus cuarteles en Urcos, á seis leguas de la capital (4). Los españoles del Cuzco, sorprendidos por la aparicion de este nuevo cuerpo de tropas en las inmediaciones de la ciudad, cuando supieron su procedencia, dudaron si debian temer ó esperar de ellos. Herrando Pizarro salió de la ciudad con una corta fuerza, y acercándose á Urcos supo, con no poco disgusto, la intencion de Almagro de sostener sus pretensiones al Cuzco. Pero aunque muy inferior en fuerza á su rival, determinó oponerle resistencia.

Entre tanto los peruanos, que habian sido testigos de la conferencia entre los soldados de los opuestos campos, sospecharon que se habian puesto de acuerdo para apoderarse del Inca. Comunicaron su sospecha á Manco, y este, participando de los mismos sentimientos, ó tal vez meditando sorprender á los españoles, cayó repentinamente sobre ellos en el valle de Yuca y, con un cuerpo de quince mil hombres. Pero los veteranos de Chile estaban demasiado acostumbrados á la táctica india para dejarse sorprender; y aunque se siguió un reñido encuentro que duró mas de una hora, y en el cual cayó muerto el caballo que montaba Orgoñez, los indios fueron finalmente rechazados con gran pérdida, y el Inca quedó tan desanimado con este golpe, que no se atrevió, por entonces, á molestar de nuevo á los españoles (5).

Almagro, reuniéndose despues con la division que habia dejado en Urcos, no encontró ya impedimento para sus operaciones sobre el Cuzco. Envio desde luego una embajada al ayuntamiento, exigiendo se le reconociese como gobernador, y presentando copia de las credenciales que habia recibido de la corte. Pero la cuestion de jurisdiccion no era fácil de arre-

(3) Herrera, Hist. general, dec. V, lib. X, cap. II.

(4) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, libro IX, cap. VI.

(5) Zárate, Conquista del Perú, lib. III, cap. IV.—Conquista i Pob. del Pirú, MS., parte III, lib. VIII, cap. XXI.